

¿Quién gobierna la inteligencia artificial?

Cada nueva revolución tecnológica ha ampliado alguna capacidad humana. La máquina de vapor multiplicó nuestra fuerza. El avión redujo el tiempo en cubrir las distancias. Internet universalizó el acceso a la información. La inteligencia artificial, en cambio, está ampliando algo más crucial: nuestra capacidad de conocer, analizar y preparar las decisiones. Nos preguntamos si la inteligencia artificial eliminará empleos, si reemplazará ciertas profesiones, si requerirá nuevas regulaciones o si llegará a superar la inteligencia humana. Todas son preguntas legítimas. Pero esas interrogantes no alcanzan el núcleo del problema. La cuestión decisiva es otra: ¿quién gobernará el inmenso “poder cognitivo” que esta tecnología está poniendo en manos de las personas, las organizaciones y los Estados? La inteligencia artificial no gobierna. No tiene fines propios, no posee conciencia, no responde moralmente por sus actos. Quienes gobiernan siguen siendo las personas. Lo que ha cambiado no es el sujeto del poder, sino la magnitud del poder que ese sujeto puede ejercer. Nunca un directivo, un médico, un juez, un profesor o un gobernante había contado con herramientas capaces de procesar en segundos volúmenes de información que antes requerían semanas o meses de trabajo. Tampoco había sido posible explorar tantos escenarios, identificar tantos patrones o formular tantas alternativas con semejante rapidez. Pero precisamente porque nuestras posibilidades aumentan, también se incrementa nuestra responsabilidad. Existe una ilusión muy propia de nuestro tiempo: creer que disponer de más información implica automáticamente adoptar mejores decisiones. La experiencia demuestra que no es necesariamente así. Los datos pueden ayudar a reducir la incertidumbre, pero no sustituyen el juicio. Los algoritmos pueden recomendar, pero no deliberar. Pueden optimizar procesos, pero no determinar propósitos. Las decisiones humanas nunca dependen únicamente de cálculos. Demandan prudencia. Exigen comprender personas antes que variables, fines antes que medios y consecuencias humanas antes que indicadores de eficiencia. Probablemente el principal desafío político, empresarial y cultural de las próximas décadas no será desarrollar mejores algoritmos. Será, sobre todo, formar mejores personas —más preparadas— para gobernar responsablemente el nuevo poder que esos algoritmos confieren. Inteligencia humana e inteligencia artificial pertenecen a órdenes distintos. La primera continúa siendo la única capaz de buscar la verdad, deliberar sobre el bien y asumir responsabilidades. La segunda amplía extraordinariamente nuestras capacidades para conocer e ilustrar decisiones. Toda gran tecnología formula una pregunta sobre el ser humano. La inteligencia artificial no constituye una excepción. El verdadero riesgo no es que los algoritmos piensen como nosotros. Es que nosotros terminemos renunciando a pensar con la profundidad, la prudencia y la responsabilidad que ninguno de ellos podrá ejercer en nuestro lugar.

